



“Tercer Congreso de Estudios sobre el Peronismo (1943-2012)”

Título: Normalización partidaria en tiempos de proscripción. El peronismo entre 1963 y 1965.

Autor: Julio César Melon Pirro.

Pertenencia institucional: UNMdP, Cehis, y UNICEN, IEHS

Email: jcmelon@gmail.com

Eje temático sugerido: política

Introducción

El trabajo de los historiadores tiende a confirmar, tanto en las investigaciones sobre el peronismo clásico, como en las menos numerosas referidos a épocas posteriores, la existencia de vida en el peronismo-partido. Ahora bien, ¿cómo cabe pensar históricamente respecto de esta “vida” de la que empezamos a distinguir imágenes fragmentarias?. Quizá convenga reconocer, antes de considerar si esto puede corregir la atención privilegiada que ha recibido la dimensión “carismática”, que positivamente no sabemos mucho sobre esta vida remota que detecta la sonda de la disciplina, y mucho menos sobre la medida en que esta se vio plasmada en proyectos y organizaciones institucionales.

El presente trabajo se propone reconstruir el proceso de reorganización del peronismo que –elecciones mediante- culminó en la institucionalización del Partido Justicialista, proceso que se aceleró luego de la fallida participación del peronismo en el Frente Nacional y Popular de 1963 pero cuya presencia se detecta desde la temprana hora de la caída.

1955 y después

La proscripción del partido y de las instituciones del peronismo constituyeron la base del sistema político inaugurado en 1955¹. Esta legislación cuyo alcance por momentos se

¹ La reeducación cívica del pueblo fue el objetivo más ambicioso del gobierno de facto instaurado en 1955, cuya legislación llegó a proponerse “suprimir todo vestigio de totalitarismo”. El desiderátum de quienes derrocaron al peronismo fue, pues, mucho más allá de la disolución del Partido Peronista en sus dos ramas “en virtud de su desempeño y su vocación liberticida” Decreto-Ley 3855, *Boletín Oficial (B.O.)*, 12/12/55. Y de la inhabilitación política y sindical de quienes habían participado en el “régimen depuesto”. Baste recordar los ambiciosos términos del decreto 4161 que prohibió la utilización de toda referencia que pudiera confundirse con los símbolos peronistas D-L 4161/56, *B.O.* 9/3/56.



moderó durante los periodos constitucionales de Frondizi e Illia fue, no obstante, vuelta a aplicar más de una vez por la justicia, contradiciendo parcialmente las aperturas proyectadas y condicionando de modo sensible la actuación política de los peronistas.

Según hemos tenido oportunidad de examinar, las tendencias participacionistas del peronismo, aunque encorsetadas por la determinación de las fuerzas armadas y no infrecuentemente por la del mismo Perón- se manifestaron a través del “neoperonismo temprano”, expresiones de alcance local que intentaron superar el cedazo proscriptivo en oportunidad de las elecciones de 1957, 1958 y 1960². En 1962 el gobierno de Frondizi aminoró las restricciones al punto de que bajo la forma de la Unión Popular – un partido “neoperonista” apoyado por las organizaciones sindicales y referentes locales que entonces fue avalado por Perón-, el peronismo se impuso en varias provincias, entre ellas la decisiva Buenos Aires, lo que motivó la anulación de los comicios y la caída de Frondizi. José María Guido, al frente de una administración tutelada por los militares, ratificó la prohibición de actividades peronistas y proyectó distintos modelos de Estatuto de Partidos Políticos pensados en atención a la posibilidad de condicionar dicha participación. Todos los gobiernos siguieron intentando, pues, la superación del límite que consistía, sencillamente, en que los peronistas no podían ganar elecciones importantes³, algo que seguiría ocurriendo durante la administración Illia, aunque durante esos años hubo numerosos legisladores neoperonistas y hasta se llevó a término una muy poco conocida reorganización partidaria. De modo más o menos restringido, pues, las expectativas de participación política y la necesidad de tomar posición ante la eventualidad de una apertura que condujera a la institucionalización del partido agitaron las aguas del peronismo en todo el país, al punto de que según hemos afirmado en otro lugar estos movimientos y, en general, las idas y venidas sobre el particular merecen ser considerados independientemente de su consumación institucional y las formas proyectadas y litigadas al interior del peronismo pensadas, como propias de “un poder

² Melon Pirro, Julio César: “Antiperonismo, neoperonismo y partidos políticos: resultados electorales 1955-1960”, en *Actas XXII International Congress, Latin American Studies Association*, 2001 <http://136.142.158.105/Lasa2000/MelonPirro.PDF>

³ O’Donnell, Guillermo: “Un juego imposible: competición y coaliciones entre partidos políticos de Argentina, 1955-1966”, en *Modernización y autoritarismo*, Buenos Aires, Paidós, 1972. (publicado originalmente en en *Revista Latinoamericana de sociología*, VII, 1970.



político en situación de espera”⁴.

Recordemos que apenas caído el peronismo se generó un enfrentamiento entre los “herederos del Partido” más o menos asociados a la figura de su último presidente, Alejandro Leloir, grupos menores procedentes del forjismo o del mercantismo y postulaciones neoperonistas -todos estos en general más “moderados”-, y los planteos “resistentes” encarnados por Cooke, nombrado Delegado del ex presidente y por lo tanto jefe virtual del peronismo en el país y del mismo “Consejo Superior” de donde emanaban las célebres “Directivas”⁵. La apetencia por participar en la dirección de un Partido peronista movilizaron, pues, a los dirigentes hasta en la peor hora de la derrota, y cabe recordar también que el último interventor del Partido Justicialista en el orden nacional, esto es, el referido Leloir, antes de cesar en 1955 había abonado la idea de realizar elecciones internas como una forma de renovar al peronismo en su hora más difícil⁶.

Tras el marasmo de la caída, esas apetencias crecieron, y desde el exilio Perón dotó al movimiento de dos “instituciones” que más allá de los cambios en su composición – determinados estos por el cambiante equilibrio de fuerzas internas y por la propia voluntad del Jefe que designaba a sus integrantes, fueron instrumentos políticos esenciales durante varios años.

La “Delegación Nacional del Consejo Superior” fue el primero de los organismos

⁴ Melon Pirro, Julio César: Un partido en situación de espera. Los alineamientos políticos del peronismo en el segundo momento de la proscripción, 1963-1964. En Da Orden, Liliana, y Julio Melon Pirro, *Organización política y Estado en tiempos del peronismo*. Editorial Prohistoria, Rosario, 2011.

⁵ La idea de heredar el partido tampoco faltó en los grupos más conocidos de la primera Resistencia. El “Comando Nacional” dirigido por Marcos y Lagomarsino estuvo compuesto principalmente por allegados a la intervención del Partido peronista de la Capital Federal, liderada por Cooke. El denominado “Frente Emancipador” de Juan María Vigo en Santa Fe, luego propagandista de los “Comandos Coronel Perón” no solo se entusiasmó por “representar la clandestinidad”. Aunque las memorias de su líder señalan que la voluntad resistente se alejaba de la política partidaria, no dejaba de insistir en la necesidad de disponer de padrones actualizados de afiliados peronistas en Santa Fe. Vigo, Juan María: *La vida por Perón: crónicas de la Resistencia*. Peña Lillo, Buenos Aires, 1973. El “Consejo Superior” es, sencillamente, Perón. Un trabajo reciente sobre el particular es el de Delia García y Gustavo Contreras, “El peronismo tras la caída. La propuesta político-partidaria de un grupo de exforjistas y el neoperonismo temprano, 1955-1958”, en Da Orden, María, y Julio Melon Pirro, *ob. Cit.*

⁶ Melon Pirro, Julio César: *El peronismo después del peronismo. Resistencia, sindicalismo y política luego del 55*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2009.

especiales que el ex presidente creó para suplir la carencia de una organización y, a la vez, disuadir el reconocimiento de liderazgos locales. Por medio de ellos Perón lograría, además, legitimar las funciones coyunturales de los dirigentes a cuyo frente designaba. La segunda de estas instituciones apareció en octubre de 1958, cuando un “Consejo Coordinador y Supervisor del Peronismo” (CCS) se propuso alojar una variedad de sectores que respondían a la influencia de Perón y lograr la organización del partido, cuando, como y si cupiera. El CCS, pues, reconoció espacios a la expectante dirigencia política del movimiento junto a hombres de la resistencia y a las mujeres⁷, presuponiendo que los órganos de conducción local operarían como una suerte de instancia deliberativa dotada de sus propios contrapesos internos y supeditada, siempre, al arbitraje del Jefe. Según instruyó su creador, la función del organismo sería la de “colaborar” en la dirección táctica, y debía dedicarse exclusivamente a organizar las fuerzas políticas dejando la de las sindicales a las 62 y la CGT, sin ninguna intervención del CCS⁸. Fue la voz oficial del peronismo a la hora de propiciar el voto en blanco en 1960 luego de prohiñar un congreso justicialista frustrado por una nueva proscripción y jugó un papel de articulador de la concurrencia electoral en 1962 mediante el apoyo a siglas como la Unión Popular.

La composición de estos organismos no respondía solo a las conveniencias de una dirección remota, sino que como apuntábamos implicaba también un reconocimiento de los actores locales. Debemos destacar también aquí su relativa continuidad y de hecho, su vigencia durante los años de proscripción. El CCS sobrevivió a la función coyuntural de su creación (la limitación de la autoridad de la Delegación personificada aun en Cooke, cuestionado por políticos y sindicalistas) y tal cual se anunció en su fundación, fue durante mucho tiempo la organización encargada de generar, controlar o pautar la institucionalización y participación partidaria del peronismo. Operó, además, como una cámara representativa de los distintos sectores del peronismo, directamente designada por el Jefe, como ocurriera con la Delegación que siguió siendo unipersonal y que entre otras funciones conservó la de coordinar las relaciones entre el peronismo político y el

⁷ En su primera composición como órgano máximo del movimiento en el CCS revistaban Carlos Aloé, Oscar E. Albrieu, Alberto L. Rocamora, Rodolfo J. Arce, José C. Barro, Pedro San Martín, Fernando R. Torres, Manuel Damiano, Julio Troxler, Juan C. Brid, José Parla, Adolfo C. Philippeaux, Delia D. Parodi, Ceferina Rodríguez de Copa y María Elena Solari de Bruni.

⁸ Perón a Cooke, *Correspondencia Perón-Cooke*, Ed. Parlamento, p. 105..



peronismo sindical (CGT y 62 Organizaciones).

El prestigio de esta institución característica del peronismo en la primera década posterior a su caída sufrió un menoscabo cuando el Frente Nacional propiciado para las elecciones de julio de 1963 fue proscripto y el voto en blanco, opción de último momento, apenas superó el 19 %. Como consecuencia de ello los movimientos de los peronistas díscolos respecto del CCS y, como pronto se haría evidente, del mismo Perón se sucedieron en orden a un mismo objetivo: institucionalizar plenamente un partido político propio.

En la Provincia de Buenos Aires Marcos Anglada, ex ministro de educación de Perón en 1955 y candidato a vice gobernador triunfante en 1962, comenzó a invocar la necesidad de reorganizar el justicialismo, en tácito desconocimiento a la autoridad y funciones asignadas al CCS. Por su parte, el 19 de julio el CSP (Perón) dispuso directamente la reorganización del Partido Justicialista anunciando que comenzaría un proceso de afiliación. Un mes después designó una “Comisión Interventora Nacional”, compuesta por Andres Framini, Ilda Pineda de Molina, Julio Antún y Rubén Sosa⁹. Pronto conocida como el “Cuadrunvirato”, la Comisión encabezada por el leal Framini, gobernador bonaerense electo en 1962, tendría a su cargo la ímproba tarea de institucionalizar el partido “de abajo hacia arriba” y sin más exclusiones que la de Raúl Matera, quien en aquellos confusos días de la proscripción del Frente Nacional en 1963, había terminado aceptando de modo inconsulto la candidatura presidencial por el partido Demócrata Cristiano¹⁰.

La maniobra de designar una comisión directamente operativa en la materia fue un gesto acelerado por las circunstancias, sus resultados eran inciertos y al mes de creada poco más se sabía del asunto, lo que generó intranquilidad en las dirigencias intermedias. Los peronistas de la hora, como los de tantas otras, participaron de un juego propio en el que la ambigüedad era la norma: Anglada desconocía al cuadrunvirato pero no cerraba la puerta a colaborar, el CCS, en tanto, hibernaba consciente de que Perón había confiado la tarea a un nuevo cuerpo sin disolver el anterior. El panorama, confuso a la hora de reconstruirlo históricamente, seguramente lo

⁹ *El Mundo*, 19/7/63.

¹⁰ Según Perón se trataba de algo que siempre había auspiciado, pero que no había podido ser concretado “debido a las condiciones en las que se luchaba”. En comunicación a las 62 Organizaciones ratificó que esta organización debía hacerse “de abajo hacia arriba... dando ocasión a que todos los peronistas puedan tener su actuación...” Perón, Juan Domingo, 9/9/1963, *Obras Completas*, tomo XXII, p. 239.



ha sido aun más para sus actores aunque podamos distinguir un sector “político” moderado por definición (Anglada, Matera, etc.) y un sector “sindical” menos moderado por su proyección social (1964 será el año de los “planes de lucha” de la CGT) y, sobre todo, por la certeza de que en tanto factor dinámico de un peronismo en el que no contaban el Estado ni, probablemente, Perón, estaba en condiciones de llevar a sus dirigentes a una situación de dominio del partido. El peso de Vandor, el más capaz e influyente de los dirigentes sindicales de la hora se revelaría decisivo y aún sin privilegiar este último camino, haría inevitable su resultado. Hacia el final del proceso, la disposición de un instrumento Partido –o, mejor dicho, de instrumentos-Partido dada la dificultad de reconocimiento nacional de la organización- sumado a la disposición de tender alianzas con los “políticos” del interior del país, anticipaba el escenario de aquel memorable desafío que se dirimió en las elecciones de Mendoza de abril de 1966 cuando un sector del justicialismo aliado al fuerte Movimiento Popular Mendocino –una de las más sólidas expresiones del neoperonismo- y de la mano de Vandor enfrentara a otro sector del justicialismo alentado por la esposa del Jefe, que finalmente se impuso¹¹. Antes de ello, en Avellaneda, Provincia de Buenos Aires, Vandor había decidido proclamar su disidencia en los inefables términos de la lealtad: “Para salvar a Perón” a veces había que estar “contra Perón”¹²

La incierta organización

No nos dedicaremos aquí a recordar historias más conocidas o evocadas, sino a relatar brevemente el proceso que termina en la elección interna de julio de 1964 y en los congresos partidarios que se celebraron hacia fines de ese año.

Desde el anuncio de la normalización el panorama era confuso. Se presumía que contrariamente a lo que se anunciara, el cuadrunvirato preferiría la designación directa y provisional de los funcionarios del Partido (algo que estaba implícito en la designación

¹¹ Alvarez, Yamile, *El peronismo en Mendoza (1955-1973)*, UNC, Mendoza, 2004.

¹² Más verosímil que verdadera en sentido positivo, se atribuyó a Vandor haber pronunciado esas palabras en el Congreso de las 62 Organizaciones realizado en Avellaneda, en octubre de 1965, donde –en momentos en que Isabel Perón llegaba al país enviada por su esposo, se proclamó la “lealtad a María Eva Duarte de Perón y se celebró la idea de un movimiento obrero con “pantalones largos”. Bosoer, Fabián, y Santiago Senén González, *Saludos a Vandor*, Vergara, Buenos Aires, 2009.

de un “normalizador” por sección), a lo que el sector de Anglada respondía proponiendo que los delegados se eligieran por voto directo. Para agosto de 1963 estaba claro que ni el cuadrunvirato estaba naturalmente destinado a ser reconocido como única vía de organización, ni sus dirigentes incuestionados, ni alternativas concomitantes –que no terminaban de presentarse como tales- estaban en condiciones de agregar dirigentes decididos a romper con la ortodoxia. Al nacimiento de lo que se conocería como la “línea Las Flores-Lujan”¹³, el cuadrunvirato respondió anunciando una semana después que las elecciones internas se realizarían el 1 de diciembre de 1963, y que de las mismas se excluiría solo a Raúl Matera. De acuerdo a estos planes tanto el CCS en su composición como el cuadrunvirato en su función caducarían el 31 de diciembre, cuando comenzarían sus tareas las autoridades que surgieran de los comicios internos, que pasarían a estar representadas en el organismo máximo de conducción partidaria, el CCS, en forma proporcional de acuerdo a sus orígenes políticos o gremiales¹⁴.

Esta oferta, como las que siguieron, parecían concebidas con el propósito de concitar o retener la atención de múltiples actores: con la enunciación de la idea de circunscribir las exclusiones al último exonerado se esperaba contar con los disidentes de Las Flores-Luján y de otras provincias, y al performar el reparto equitativo de cargos en el partido se intentaba mediar entre “gremialistas” y “políticos”, una de las líneas de fractura más visibles en el movimiento. Esos eran los planes de unos y otros, aunque cabía sospechar de la consistencia operativa de tales proyectos. Mientras Anglada siguió navegando a dos aguas entre la posibilidad de concurrir a los comicios que preparaba el sector ortodoxo y la ruptura que implicaba la posibilidad de hacerlo “por afuera”, el Cuadrunvirato se prodigó en anuncios¹⁵ antes de mudar su composición a un Heptunvirato que blanqueó la importancia de Vandor dentro del peronismo político¹⁶.

¹³ Un encuentro de dirigentes en la ciudad de Las Flores fue determinante en la autoconvocatoria de peronistas bonaerenses que se propusieron nada menos que organizar el justicialismo en la Provincia de Buenos Aires por cuenta propia. Allí propusieron admitir representatividades en base al criterio de reconocer la participación de tantos delegados por distrito como la mitad de concejales que hubieran obtenido en las últimas elecciones de modo que la asamblea provincial que se reunió poco después en Luján derivó en la conformación de una Comisión Provincial Provisoria para la Organización del Justicialismo a cuyo frente fue designado, precisamente, Anglada. *Careo*, 31/8/63. “Explosión justicialista en Lujan”

¹⁴ *Crónica*, 9/9/63

¹⁵ A fines de octubre el “cuadrunviro” Antún anunció el formato de la normalización, consistente en volver a las unidades básicas compuestas entre 25 y 49 miembros agrupados según base distrital. Melon Pirro, Julio, (2011)

Entre enero y julio de 1964 –cuando por fin se llevaron a cabo elecciones internas en muchos de los distritos del país- puede registrarse la crónica de un triunfo que no por anunciado respecto de la supremacía de los candidatos vandoristas estuvo carente de cuestionamientos. Por el contrario, cada medida del delegado del Consejo Superior, ingeniero Alberto Iturbe, cada denuncia de quienes no se resignaban a ir “por adentro”, cada redefinición de Perón, y cada pronunciamiento del ascendente Vandor y de sus rivales reveló cuan ardua era la lucha interna en un peronismo que prometía a sus seguidores constituirse en Partido Político y que esperaba que la hostilidad y ambigüedad de enemigos y adversarios se resolviera, luego, a favor del levantamiento de las inhibiciones a la participación electoral¹⁷.

El delegado Iturbe recibió celosos cuestionamientos del CCS y de su Secretaria, Delia Parodi, por superponer sus funciones con las de aquel organismo encargando funciones políticas a dirigentes que habían sido sancionados, y por propiciar un modelo de carta orgánica para el funcionamiento del futuro congreso justicialista que preveía una importante proporción de delegados provenientes de las provincias “chicas”, es decir, de poco peso electoral. Casi un escándalo sobrevino cuando Vandor, integrante del flamante Heptunvirato que había reemplazado a la comisión de los cuatro y a quienes muchos veían como inspirando a Iturbe- mantuvo una entrevista con el execrado Matera¹⁸.

Las desavenencias no existían solo entre quienes sospechados de distintos grados de “deslealtad” pugnaban por hegemonizar, mantenerse o reingresar en las filas del peronismo “oficial” y eran celados por los miembros del CCS, sino que se manifestaban de continuo entre los coyunturalmente más ortodoxos.

¹⁶ En enero de 1964, luego de que Vandor consiguiera la expulsión de Sosa acusado de extremista de izquierda, Perón reemplazó al Cuadrunvirato por una comisión de siete miembros en los que prevalecía la influencia del líder metalúrgico: seguían Andrés Framini y Julio Antún, pero se incorporaban Miguel Gazzera, Juana Matti, Delia Parodi, Jorge Alvarez y Carlos Gallo. Iturbe, su Delegado, comulgaba con este nuevo organismo encargado de la reorganización justicialista en mantener una posición moderada que no afectara las posibilidades del peronismo para actuar institucionalmente y en este sentido avaló la toma de distancia respecto de personas como Sosa o Villalón, a quienes se signaba de “castristas”.

¹⁷ Una referencia a algunos acontecimientos que jalonaron la vida interna del peronismo entre comienzos de 1964 y los comicios internos de julio, en Melon Pirro, *id.*

¹⁸ *LR*, 13/1/64.

Algunas de las cartas de Perón, en tanto, parecían gastarse con su uso. Había convalidado la remoción de Sosa del cuadrunvirato, primero, y la ampliación de este al heptunvirato, después, por presión del sindicalismo peronista y particularmente de Vandor. Antes de finalizar enero de 1964, no obstante, se anunciaba el regreso de Hector Villalón, muy poco tiempo atrás cuestionado por izquierdista y ahora aparentemente reivindicado por Madrid, quien aparecía como un eventual inquisidor de Iturbe, demasiado sensible a la influencia de Vandor¹⁹. En apariencia, Villalón se proponía “acompañar” a Iturbe para limitar a Vandor, usando una táctica menos frontal que la que había empleado Rubén Sosa -su vocero en el anterior instrumento reorganizador, el cuadrunvirato- y que terminara con su desplazamiento por parte de los vandoristas. En realidad, Vandor habría inducido a Iturbe (víctima de los embates de los núcleos antioficialistas pero también de su enfrentamiento con Delia Parodi) a realizar algunas modificaciones en los lineamientos de la reorganización: la nueva carta orgánica, según trascendía, acrecentaría la influencia de la rama sindical, encarnada en las 62, lo que estaba por ser comunicado internamente mediante circulares²⁰. Si sumamos a esto el debilitamiento de Andrés Framini en las propias 62, resulta evidente que existe en esta época, por la doble vía de su consolidada posición en el seno del movimiento obrero y por la de su peso creciente en la reorganización del partido, un significativo avance en la hegemonía de Vandor sobre el Justicialismo en vías de normalización, lo cual hacía que muchos dirigentes miraran en esa dirección y, por otra parte, aumentaba los recelos –más bien resignados- de Madrid. Como el más importante vespertino consideró en la época, haciéndose eco de una fuente peronista que no identificaba, “*la sobria habilidad de Vandor ha trastocado los fines de una reorganización destinada a eliminar preponderancias sindicales y locales*”²¹, y ésta, y

¹⁹ LR, 19/1/64. “Cuando el General designa a H. Villalón como delegado le recomienda a éste que se comunique con Alberto Manuel Campos en Montevideo, para encarar la cruzada antivandorista, cosa que “el pájaro” hace”. Comunicación de Carlos Campos al autor, 19/10/2010. Hector Villalón, apodado “el pájaro”, es un controvertido participante de la historia del peronismo. A la sazón oficiaba como comerciante en Europa del tabaco cubano, tema relacionado con el financiamiento de las actividades del ex presidente Perón en el exilio.

²⁰ Hasta ahora no disponemos de los textos correspondientes a las cartas orgánicas proyectadas y aprobadas en esta época. Tanto en esta como en otras observaciones sobre el particular, nos basamos en información periodística.

²¹ LR, 30/1/64



no otra, constituía la lógica desnuda que subyacía tras la sorda lucha interna del peronismo.

A fines de enero, pues, Matera seguía anunciando mensajes y procurando el diálogo con hombres de otros partidos políticos y Anglada seguía su gira por la provincia de Buenos Aires organizando su lineamiento. Los actos proselitistas de este sector se multiplicaban en paralelo a la continua campaña de afiliación: en Mercedes, por ejemplo, se anunció que los recientemente afiliados se aproximaban a los 2000 y en toda la quinta sección los díscolos de la hora proclamaban, en sus actos públicos, la proximidad de las elecciones internas reafirmando “los principios de la línea Las Flores-Lujan” al mismo tiempo que “la adhesión al general Perón”. Un comunicado del Comando Superior Peronista intentaba poner límites a tales prisas y ambiciones mediante un procedimiento habitual en el peronismo de la proscripción: difundía párrafos de una carta de Perón a Iturbe fechada el 17 de enero, en la que aquél desmentía a su vez la existencia de una carta dirigida a Anglada. El CSP fundaba en ello su insistencia en que “la reorganización del PJ en la provincia de Buenos Aires como en el resto del país, debe hacerse como está dispuesto en las instrucciones...y de acuerdo a lo que disponga la Comisión Interventora designada”²².

Las elecciones internas en el justicialismo se realizarían en varios distritos durante julio de 1964, y a fines de dicho mes se lograría inclusive la reunión de los congresos partidarios en la Capital Federal y en la Provincia de Buenos Aires. Estas elecciones, como estas reuniones, esenciales para el análisis de la reorganización institucional del partido justicialista aun no han sido estudiadas, por lo que aquí daremos una breve noticia sobre este proceso. Ni la relativamente exitosa normalización partidaria ni el fracaso del “operativo Retorno” luego, permitieron la plena y unificada concurrencia partidaria peronista en 1965, pero la realización de elecciones y los congresos partidarios constituyen un ejemplo significativo de las tendencias del peronismo a organizarse en partido luego de 1955.

El domingo 28 de junio de 1964 se realizaron elecciones internas en Capital y Provincia de Buenos Aires y al cabo de una semana ya podía tenerse una impresión de sus resultados políticos. Los ganadores manejaron los congresos, los perdisosos radicalizaron su discurso y quienes no participaron “por adentro” deslegitimaron la

²² LR, 30/1/64



fuerza de la convocatoria normalizadora. Los delegados electos del framinismo en el orden metropolitano dieron a conocer la constitución del “bloque peronista revolucionario” con el propósito de “aglutinar compañeros de mente revolucionaria y espíritu de renovación, que estén dispuestos a conformar un auténtico congreso nacional con hombres genuinos representantes de las bases”. La lista blanca de Avellaneda que fue patrocinada por la “agrupación 8 de octubre pro-regreso de Perón” –que se había retirado a último momento de la confrontación- comunicó su independencia de cualquiera de los sectores internos, mientras que las autoridades del PJ línea Las Flores-Luján en los distritos de Tigre, San Fernando, San Isidro y Vicente López censuraron los comicios efectuados por el heptunvirato por ser poco representativos: según este sector, en la capital, sobre un padrón de 3 millones de electores, solo habían votado poco mas de 10.000 peronistas. Más allá de todo y pudiese organizar listas o no, el partido vandorizado podría –y de hecho lo haría- hablar en nombre de un centro peronista en las negociaciones para 1965, una prerrogativa que hasta hacía poco solo tenían Perón o sus delegados. La Unión Popular –línea Tecera del Franco, Bramuglia- que en verdad había llevado a cabo su propia reorganización con independencia de la orientada por la Comisión Interventora, recordó preventiva y oportunamente que lo había hecho “para mantener esa sigla partidaria si las futuras circunstancias electorales lo requieren”²³. Se estaban realizando comicios internos en Chubut, Catamarca y Mendoza y se postergaban para la siguiente los de Santa Fe, pero todas las expectativas ya estaban puestas en la reunión del Congreso partidario de la Capital Federal, a realizarse en una semana, y en las disputas ocasionadas en la provincia de Buenos Aires. Para el congreso de la Capital Federal se habían elegido 149 delegados del sector de Vandor, 72 fraministas y 19 independientes (correspondientes a las circunscripciones 16 y 17), totalizando 240 congresales. El congreso debía elegir presidente provisorio y dos secretarios, una comisión de poderes, una mesa directiva, delegados titulares y suplentes al congreso nacional, delegados a la mesa ejecutiva nacional y a la junta ejecutiva de la capital, miembros del tribunal de disciplina de la junta electoral y apoderados. Todo el trámite prometía ser engorroso, sobre todo en la medida en que los discursos reflejarían

²³ LR, 5/7/64. UP, recordémoslo, había sido canal de expresión del peronismo oficial en 1962 y había integrado el proyectado Frente Nacional y Popular en 1963. En 1965 volvería a capitalizar el hecho de disponer de una estructura partidaria formal en condiciones legales de competir electoralmente.



el enfrentamiento entre las líneas vandoristas y framiniistas²⁴. Fuera de esto Anglada habló en dos reuniones partidarias de Chacabuco y Junín, argumentando que “el movimiento busca una salida electoral” y que “el país requiere soluciones por la vía de la comprensión de la ley”, que la misión del peronismo era llegar al congreso para dictar reformas económicas y sociales y que “sería lamentable que las masas peronistas siguieran a los profetas del odio, empeñados en sembrar el caos”, en obvia referencia a los sectores que pugnarían por el dominio de las estructuras políticas del justicialismo en la Capital y en la Provincia²⁵. Las demoras en el escrutinio bonaerense hicieron que se postergara la reunión constitutiva del Congreso Nacional del PJ, inicialmente anunciada para el 18 de julio, mientras el apoderado del Justicialismo de este distrito designado por el heptunvirato, informó que la junta electoral de la Provincia de Buenos Aires resolvió no hacer lugar al recurso de revocatoria y al extraordinario de apelación ante la Corte Suprema interpuesto por Francisco Anglada y Juan C. Bordoni a los efectos de obtener la personería del PJ bonaerense²⁶. El 13 de julio se anunció que el congreso metropolitano había clausurado sus deliberaciones tras incidencias, tumultos y alternativas diversas. El triunfo electoral vandorista se había producido merced al concurso de muchas agrupaciones independientes que vieron en el líder de la UOM al hombre fuerte del momento. En el congreso los “revolucionarios” framiniistas intentaron imponer la votación secreta de los delegados y su moción fue derrotada por 124 sufragios contra 106. El cónclave finalizó designando autoridades y proponiendo a Juan Domingo Perón como futuro presidente del Partido Justicialista Nacional²⁷. Al final del mismo Paulino Niembro insistió en aludir a Perón como único jefe del Movimiento,

²⁴ Significativamente, las reuniones preparatorias de uno y otro sector se realizaban en sedes sindicales. Posteriormente a la elección, Framini intentó y logró captar a algunos independientes como los de las secciones 6a y 17a, y previo al congreso se especulaba con que lo hiciera con los seguidores del dirigente de la “agrupación de bases populares” Ludovico Lavía, quien había concurrido al comicio en alianza tácita con Vandor pero a quien ahora Framini ofrecía la presidencia del congreso metropolitano.

²⁵ *LR*, 6/7/64. En esos mismos momentos, el ambiente político nacional se caldeaba cuando Cooke entregó fotocopias del pacto Perón Frondizi ante una comisión investigadora por los contratos petroleros, y se producían violentas incidencias en el parlamento de Illia. Huelga decirlo, pero todo el proceso de normalización del Partido Justicialista coincidió con el “Plan de lucha” de la CGT. Apenas finalizados los congresos partidarios, Vandor se quejó de la insensibilidad del gobierno luego de haberse cumplido las dos primeras etapas de dicha escalada.

²⁶ *LR*, 9/7/64.

²⁷ *LR*, 13/7/64

llamando a los fraministas a que recapacitaran y reingresaran al trabajo en el distrito. Las expectativas se trasladaron luego al congreso provincial, mientras se anticipaba que el vandorismo propondría a Antonio Cafiero como delegado del distrito bonaerense ante la futura junta ejecutiva nacional²⁸. Dos días después de reunido apareció una solicitada del PJ de la Provincia de Buenos Aires por medio de la cual la mesa directiva del Congreso llevado a cabo en Lanús el 19 de julio informó que “el Congreso, compuesto por 198 congresales y requiriendo un quórum de 100 se constituyó con asistencia de 175. Iniciada la consideración del orden del día se produjo el retiro de 62 congresales continuando las deliberaciones con la presencia de 132”. Lo firmaba Adolfo J. B. Silvestre como presidente del congreso, y era un modo de certificar que habían ocurrido dos cosas: la “normalización” del PJ había sido ganada por el vandorismo en Provincia tanto como en Capital, y en ambos lugares el precio de la victoria era el retiro de los perdedores²⁹. El 22 de julio Framini –el hombre de mayor confianza dentro de la primera Comisión Interventora designada por Perón a los efectos de normalizar el justicialismo- se disponía a presentar su renuncia como miembro del heptunvirato. Viajaría a tal efecto a Madrid para hacerlo ante Perón fundado en la denuncia de irregularidades producidas en las elecciones y luego de los congresos de Buenos Aires, Santa Fe y Mendoza, donde el núcleo vandorista habida cuenta del retiro de los delegados del otro sector había terminado imponiendo sus candidatos por mayoría y minoría. En respuesta el dirigente fideero Miguel Gazzera y el municipal Jerónimo Izzeta –prestos a marginar aún más a los fraministas de las 62 y de la CGT- consideraron agraviantes sus declaraciones y procedieron a acusarlo de aliarse con sectores “izquierdizantes”³⁰. Las lides electorales internas tenían un eco directo, pues, en las relaciones de poder institucional y político del sindicalismo peronista. El 30 de julio Framini renunció a la Mesa de las 62, con una nota que Juzgaría el Plenario nacional. Según el dirigente textil la línea impresa por la mesa directiva de las 62 Organizaciones luego del triunfo vandorista en el congreso metropolitano “comienza a desarrollarse en un terreno extraño a las directivas del General Perón sobre la estructura de nuestro movimiento”. La crítica de Framini aludía a la medida en que las 62

²⁸ LR, 13 y 14/7/64

²⁹ LR, 21/7/64.

³⁰ LR, 22/7/64.



vandoristas, expresión del sindicalismo peronista y por lo tanto de una de las “ramas” del movimiento, habían “incidido descaradamente” en las otras ramas “apoyando a determinados candidatos”³¹. La escisión de las Agrupaciones Revolucionarias Peronistas inspirada por los delegados fraministas y la formación, acaudillada por Villalón, del Movimiento Revolucionario Peronista implicaron un cuestionamiento tan fuerte a la novel institución partidaria peronista que obligaron al CSP a firmar el 20 de agosto de 1964 una resolución que tomó estado público 5 días después, por medio de la cual Perón consideraba que “efectuadas las correspondientes elecciones tanto en el Partido Justicialista como en las 62 Organizaciones corresponde aprobar y reconocer como únicas autoridades a las surgidas de dicho proceso”. Luego de alertar contra maniobras divisionistas y confusionistas, en orden a mantener la unidad del movimiento, en nombre del CSP ratificó públicamente “1.-como único organismo político al Partido Justicialista surgido de la reciente reorganización que tiene como autoridades para todo el país a la Junta Ejecutiva Nacional y su Secretariado y al Congreso Nacional y en las provincias a los análogos organismos de orden local vinculados a los nacionales; y como único organismo gremial peronista a la Mesa Coordinadora con su Mesa Ejecutiva y al Plenario Nacional de las “62 Organizaciones”. A la vez, recordó “2.-Que las únicas directivas válidas para los organismos de conducción táctica mencionados son las del CSP, cuya autenticidad será establecida por ser comunicadas por la Delegación del CSP en el país, que ejerce el Ing. Alberto J. Iturbe” (es decir, él mismo en tanto encarnación del CSP)³².

No hacía esto Perón por mera presión del vandorismo. Hay que tener en cuenta que desde comienzos de julio, cuando estaban frescos los resultados de los comicios y mucho antes de que se conociera una nueva inhibición para el PJ como tal, otros peronistas además de los disidentes bonaerenses urgían su participación. El 2 de julio por la noche hubo una reunión en el centro porteño que pretendió sentar las bases para la concreción de una verdadera “Confederación Nacional de Partidos Justicialistas” de la que participaron los senadores Sapag y Ríspoli Román, los diputados Serú García y

³¹ LR, 30/7/64.

³² Juan Perón, CSP, Madrid, 20 de agosto de 1964. Dos días después el mismo Perón dirigió una carta de justificación de las medidas al “compañero” Hector Villalón. Perón a Villalón, 22 de agosto de 1964. Citado por Marta Curone en <http://movimientoperonista.com/martacurone/alservicio/22-E1%20MRP.pdf>



Tachella, y los dirigentes Anglada, Julio Romero, Bianculli y Carballada, quienes planearon una próxima reunión constitutiva –y ampliada- en la ciudad de Mar del Plata³³. Por lo demás, estaba claro que esta escisión implicaba una fractura que no solo implicaba distintos formatos y legalidades de normalización partidaria, sino que repercutía en el ámbito parlamentario forzando a la alineación de los diputados y senadores de los movimientos provinciales de extracción peronista. Emergía, pues, antes de que se consumara el proceso del PJ, una nueva referencia de territorialidad en el agitado mar justicialista, encarnada en los dirigentes –por definición moderados- que ya habían superado el cedazo proscriptivo. De todos modos, despuntaba claramente cuanto se había fortalecido políticamente la proyectada normalización “oficial” en detrimento de los distintos núcleos “antioficiales” (muchos de estos últimos partícipes y representantes parlamentarios de las experiencias “neoperonistas”). A instancias de los legisladores que *ya* respondían al heptunvirato, el bloque de los senadores de los movimientos provinciales reemplazó a su anterior mesa directiva que presidía el Dr Elias Sapag, uno de los inspiradores de la futura conferencia antioficialista, y el titular del bloque de diputados justicialistas, Dr Luco, dirigió una nota “al delegado personal del CSP, Ingeniero Iturbe, informándole de la designación del diputado Godoy como titular y del diputado Lozano como suplente para integrar el organismo de coordinación³⁴. Estas medidas significaban un duro golpe para el sector antioficial, ya que al enviar sus propios representantes al organismo de coordinación que sería presidido por el propio Iturbe implicaban, de hecho, la adhesión del bloque de diputados a la política del heptunvirato (y luego, del PJ normalizado), adhesión que había sido postergada largo tiempo para evitar la ruptura en el ámbito parlamentario y a la espera de que decantase la lucha por la reorganización en una perspectiva de poder. La cercanía de Vandor con Iturbe, y la de varios de los peronismos provinciales con éste, presagiaba una combinación nueva por su potencial solidez desde la diáspora post 55.

Para finalizar este apartado veamos cómo se dirime la posibilidad de concurrencia electoral y aun la formación de las listas en el preciso momento en el que el liderazgo carismático parecía más remoto, esto es, cuando se aceleraban las versiones sobre el

³³ LR, 3/7/64

³⁴ LR, 3/7/64

“operativo Retorno” pero entre los dirigentes prevalecía el escepticismo sobre tal posibilidad. La dirección nacional del Partido Justicialista no esperaba que la justicia terminara de otorgar la personería política al mismo, razón por la cual enfrentaban el notable problema de evitar fugas hacia el neoperonismo, si es que no cabía optar por apelar a un neoperonismo más “ortodoxo”, esto es, contar con una estructura reconocida legalmente como la UP, reeditando la estrategia de 1962. A diferencia de entonces, Perón, sobre cuyo regreso se especulaba contribuyendo al endurecimiento de los “árbitros” militares, aparecía con menor capacidad de determinar directamente, si no la conducta, la composición de las listas. Esta situación de incertidumbre intentó ser aprovechada por los peronistas disidentes, y, de modo similar a cuanto aconteciera con posterioridad a la elección de Illia, fueron los bonaerenses los que convocaron a un encuentro que, cual rebrote espasmódico de la línea Las Flores- Luján, alcanzara aún mayores dimensiones. El panorama de la segunda semana de noviembre de 1964 no podía ser, justamente, más incierto. Tres de los más altos dirigentes del justicialismo, Antonio Cafiero, Adolfo Cavalli e Hilda Pineda de Molina, mientras aguardaban el resultado de la gestión de la Comisión pro retorno compuesta por Alberto Iturbe, Delia Parodi, Carlos Lascano, Augusto Vandor y Andrés Framini debieron enfrentar el desafío del “peronismo federal”, evidencia a su vez de lo poco creída que era la opción “retornista” por la dirigencia intermedia³⁵. En diciembre comenzaron los preparativos para reunir, en la ciudad de San Nicolás, a todos los concurrencistas que contaban con la posibilidad efectiva de participar en las elecciones habida cuenta de su reconocimiento legal a nivel de distritos. Su voluntad era sumar el mayor número de “siglas” en la conciencia de que el ortodoxo Partido Justicialista con andamiaje gremial difícilmente iría a elecciones como tal. Intentaron contar, entonces, con algunos disidentes de UP, pero Tecera del Franco, titular de este partido en negociaciones con la dirección nacional del Justicialismo ante la chance de concurrir oficialmente bajo esa cobertura, manifestó estar dispuesto a intervenir los distritos renuentes a aceptar dicha posibilidad³⁶. El trámite del encuentro, que se tradujo en un claro fracaso, constituye una radiografía de la situación, y, a la vez, de las tradiciones políticas del peronismo, de la forma de medir fuerzas y de procesar los conflictos. Distribuyeron una carta de Perón

³⁵ Informe confidencial. Primera semana de noviembre de 1964. CEN.

³⁶ Informe confidencial. Segunda semana de diciembre 1964. CEN.



donde podía inferirse que no regresaría pero soportaron una lluvia de panfletos del poderoso sindicato metalúrgico local: “¿a quien representan Anglada, Sapag, Sarrulle, Albrieu y otros traidores del Peronismo sin Perón?”. En verdad, este intento de confederación neoperonista había sumado en las elecciones pasadas unos 300.000 votos de los casi 3 millones que el Ministerio del Interior o el Servicio de Inteligencia del Estado solían atribuir al peronismo, de allí la importancia de Serú García, líder del MPM que había obtenido 140.000 sufragios, y que fuera, junto con Anglada, la referencia del congreso que postergó hasta el 9 de enero de 1965, en Río Cuarto, el fallido intento de lograr una Confederación Nacional de Partidos Justicialistas basados en otro “modelo”, esto es, no derivado de una normalización resultante de comisiones ad-hoc ni de juntas promotoras designadas desde el centro. Pero ningún movimiento se desaprovechaba. En verdad, los ortodoxos en Buenos Aires consideraban que esta amenaza era precisamente lo que necesitaban para obligar a Perón a autorizar el concurrencismo leal, aceptado por el PJ normalizado, a través de UP. Así ocurrió, y en ese contexto se dio la preparación de las listas de candidatos a cargos electivos en el interior del peronismo. El 8 de enero de 1965 el plenario nacional del Partido Justicialista, compuesto por tres delegados por cada provincia –uno por cada rama– ratificó su posición concurrencista, conforme a lo ya resuelto dos días antes por un plenario secreto de las “62”. En la reunión, efectuada en un local sindical, se pactó que los candidatos se comprometían a obedecer al partido incluso en el caso de que una vez electos éste determinara el abandono de las bancas, pero sobre todo recomendaba a los PJ de cada distrito presentarse con candidatos propios bajo la sigla “PJ” o “buscando la más apropiada” en caso de que la misma no fuera autorizada por la Justicia Electoral. El contexto de incertidumbre política para el PJ estaba acompañado por otros dos hechos: la reunión en Córdoba de los peronistas “federales” (Anglada, Sapag, y en general miembros de 17 provincias) y la presencia de Jorge Antonio en Paraguay, quien se anunciaba como “delegado de Perón” y dialogaba tanto con el PJ oficial y vanderista como con los hombres fuertes de las provincias³⁷.

³⁷ El congreso de Córdoba, prolongación nacional del realizado por Anglada en San Nicolás, que había sido boicoteado por los metalúrgicos de las 62, sufrió un atentado con explosivos. Finalizado el mismo, la asamblea anunció la constitución de la Confederación de Partidos y Movimientos Populares Justicialistas”, se votó una declaración de principio y una carta orgánica a la vez que saludó la resolución concurrencista del PJ y dispuso tratativas “con vistas a la elección de listas conjuntas” para las elecciones de marzo.

Un informe confidencial de la primera semana del año remitido a los siempre expectantes Frigerio y Frondizi y conservado en el archivo del Centro de Estudios Nacionales da la pauta de las negociaciones que precedieron al anuncio por parte del partido oficial: la mayoría del proscripto PJ acordó con la UP sobre capital y Buenos Aires pero el peronismo del interior reclamó autonomía para elegir la sigla que mejor le conviniera, a lo que las 62 se opusieron. En Buenos Aires Tecera del Franco y Carlos Bramuglia presionaron al Justicialismo para obtener los mejores puestos para los miembros históricos de la UP, y los dirigentes justicialistas respondieron con la amenaza de que el peronismo arreglaría con el Partido Justicia Social, minúscula expresión neoperonista. Finalmente, la mediación de Jorge Antonio logró que Bramuglia desistiera y que en compensación se le otorgase a Tecera el primer lugar en la lista, aunque a último momento la convención metropolitana del Justicialismo lo descendió al segundo lugar tras Paulino Miembro, en clara imposición de las 62³⁸. La verdadera Confederación de Partidos Neoperonistas, con creciente orientación vanderista, surgiría precisamente de los nucleamientos que Niembro encabezaría, en 1965, en el congreso nacional reafirmando la idea de que “nadie muere” definitivamente en el seno del peronismo³⁹. Pero por ahora Perón contaba, pese al fracaso del operativo “retorno” del cual se acusaba a Vandor, y seguía como instancia última que permanentemente se invocaba y a la que regularmente se acudía. La confusión derivada de las negociaciones entre las autoridades del PJ y las “siglas” peronistas –incluyendo las tratativas con los neoperonistas de las provincias- hizo que pronto los distintos sectores que habían intervenido en las elecciones internas, lejos de expresarse institucionalmente a través del partido recientemente emergido, volvieran a los continuos viajes a Madrid⁴⁰. En el momento de la elección de las candidaturas para

³⁸ Informe confidencial. Primera semana de enero 1965. CEN.

³⁹ “El viernes 2, por la noche, junto al Secretariado Nacional del proscripto Partido Justicialista, al Secretariado de Las 62 y a Los Cinco Grandes del Retorno se congregó la mayoría de los diputados nacionales justicialistas, incluyendo a los ortodoxos que responden a la conducción oficial, las minorías disidentes con Los Cinco y hasta los antiguos rebeldes neoperonistas que permanecían ajenos a la estrategia diseñada por Juan Perón. Así se eligieron las autoridades del único bloque peronista enclavado en la Cámara de Diputados: lo presidirá Paulino Niembro, y es la primera aproximación a la unidad total de todas las tendencias”, sintetizaría el más importante semanario político respecto de las formas gregarias que espasmódica pero reiteradamente solían contrarrestar las tendencias a la dispersión del peronismo. Primera Plana el 8 de abril de 1965.

⁴⁰ Tras una asamblea especial de la “Agrupación de bases populares” que encabezaba Ludovico Lavía –a



marzo de 1965 Perón pudo destacar a Jorge Antonio en Asunción, y pese a que el financista no era una figura apreciada por los dirigentes del partido durante unas semanas Paraguay fue la meta obligada de todos aquellos interesados en contar con la bendición de Perón para sus acciones, incluyendo a Vandor y al CCS.

Conclusiones

Comenzamos este trabajo afirmando la necesidad de priorizar la reconstrucción empírica de lo ocurrido. En su desarrollo postergamos la búsqueda de comparaciones entre los distintos tipos de organización partidaria del peronismo para permitirnos, en su lugar, explorar hasta qué punto las instituciones –plasmadas o pergeñadas- expresaron la continuidad de un “hacer” peronista distinguible del de fuerzas políticas más claramente institucionalizadas.

La idea de la “inexistencia del Partido”, tácita y aún más obvia para la época posterior a la caída del peronismo, dista pues de convalidarse empíricamente apenas se explora la cuestión. Pese a la legislación proscriptiva e inhibitoria, es claro que, contrariamente a lo que a menudo se ha presupuesto, las inclinaciones a la organización partidaria deben ser vistas como factores importantes del proceso político y condicionantes, al interior del peronismo, de las formas en que el líder carismático procura conducir al movimiento. Más aún, la vocación de los actores por tomar posiciones en estructuras en ciernes que se suponía iban a tener la posibilidad de articular el concurso de los peronistas en la vida política nacional habla a las claras no solo de la proyección, sino de la inercia y de la valoración de la institución partidaria aún en tiempos en los que la invocación del “movimiento” era una función más cómoda y propicia para encubrir potenciales conflictos.

Ahora bien, ¿puede o debe oscurecer esto la atención privilegiada que ha recibido la dimensión carismática que enfatizaba el contacto líder-masas? Seguramente no.

¿contribuyó esto a generar una “tradición” peronista en la que el “movimiento” se expresó a veces “por dentro” pero legitimó las concurrencias –forzadas o no- “por afuera” del marco partidario? Evidentemente sí.

quien mencionamos como decisivo en la puja entre fraministas y vandoristas del congreso metropolitano- este sector decidió “enviar un delegado a Madrid a fin de que informe personalmente al jefe de nuestro movimiento acerca de los serios inconvenientes que crean al partido los graves errores de la conducción local”. LR, 28/1/65.

Que el desacuerdo peronista se haya expresado en los momentos en que se pensó en la organización del Partido abona estos razonamientos. Que la Línea Las Flores-Lujan haya propuesto para su primer convocatoria a congreso una representación basada en los concejales electos por cada distrito en las elecciones de 1963 es congruente con la posición del neoperonismo consciente de sus chances dentro de un peronismo eventualmente reorganizado. Que el CSP (Perón) haya encomendado la institucionalización del peronismo en un momento en que prevalecían las voces que clamaban por democracia interna para un partido que aún no podía participar del juego democrático, y que en ese camino haya terminado apoyado no en sus más firmes “leales” sino en el más dinámico factor de poder interno –el sindicalismo vandorista- habla de las urgencias, del pragmatismo, y sobre todo de la debilidad de la conducción en el exilio. El CCS fue, durante estos años, la vicaría de aquella conducción y los instrumentos normalizadores – a la sazón las comisiones interventoras denominadas como “cuadrunvirato” y luego como heptunvirato- expresaron en su composición y conducta la dinámica e inestable superficie representativa en un movimiento que permanecía proscripto pero que estaba dotado de una intensa vida interna. La lectura que se impone en este abigarrado y confuso proceso es la de la captura y colonización, por parte del actor dotado de mayores recursos para la acción política –el vandorismo y, más en general, las estructuras sindicales- de un proceso de reorganización y normalización inicialmente concebido por Perón para limitar la ponderación del sindicalismo y de dirigencias locales. La dinámica de esta “vida interna” se aceleró en ocasión de prepararse las elecciones internas y de celebrarse los primeros congresos partidarios, pero -tanto porque el peronismo era mucho más que instituciones y porque tampoco recobró plena legalidad en la coyuntura- de ningún modo se agotan en ellos. El modo en que se tramitaron las diferencias en los congresos partidarios, particularmente en el de la Capital Federal, habla a las claras que a la situación de competencia política sucedió una de negociación, finalmente abortada por el retiro de los congresales perdidosos pero en última instancia prueba en su mecánica y resultados de esa tendencia a la institucionalización. El modo en que se resolvió, o se intentó resolver, el tema de las candidaturas una vez que se conoció la decisión de la Justicia electoral de volver a inhibir al Partido como tal, expresa que el peronismo seguía elaborando una tradición del “hacer” político que rebasaba frecuentemente los alcances de las “normalizaciones” planeadas y que era esencial para su supervivencia. Concurrieron en la negociación las autoridades del Partido recientemente institucionalizado, las vertientes



neoperonistas que habían acreditado peso electoral específico en algunas provincias, y todo tipo de “siglas” que pudieran aportar, sino votos seguros, instrumentos legales reconocidos como fue el caso de la Unión Popular. Lo obtenido en las urnas por las diferentes “siglas” en elecciones pasadas, y el tamaño de los distritos, es decir, de nuevo, la cantidad de votantes efectivos que podían aludir representar, era un elemento esgrimido a la hora de hacer valer títulos siempre dudosos pero difícilmente mejorables en la hora de las negociaciones. Todos parecían operar y conducirse de acuerdo a estas reglas no escritas, y a la observancia de principios del más estricto realismo en un marco de incertidumbre política permanente. Nadie discutía, al menos públicamente, la autoridad política de Perón, aunque lo nuevo de la situación, en vísperas de la negociación de listas para 1965, fue la existencia institucional de un Partido Justicialista normalizado. Pese a todo, los dirigentes aprendían de un modo diferenciado a lo que ocurriera en los años formativos, que de la disidencia, generalmente juzgada como traición, podía volverse esperando un turno que no es necesariamente el articulado por los avatares institucionales, las elecciones en particular, sino el determinado por la participación o alejamiento en y de alianzas coyunturadamente perdidas (Bramuglia en los primeros años, Matera en 1963, Vandor más adelante). Los más presuponían que los caminos de la democracia –restringida o no- son los únicos pensados seriamente en relación a metas políticas, y que para recorrerlos necesitan, pues, de una organización partidaria sobre la que es imprescindible tomar posiciones. Todos saben –los que iban “por adentro”, los que disputaban legalidad “por afuera”, que en las circunstancias que prevalecieron en estos años y prácticamente durante casi toda la década que siguió a su caída, la actuación en ese peronismo empíricamente disperso y teóricamente gregario era ineludible a toda expectativa de poder. A diferencia de su momento fundacional, no había en el peronismo un vértice capaz de reducir a la unidad al movimiento, aunque las invocaciones a la “Lealtad” eran tan frecuentes como antes, tanto entre quienes hacían de ella su chance de intervenir en la lucha por el poder como entre quienes mayor independencia aspiraban a lograr en el proceso de reorganización que -por dentro o por fuera del peronismo “oficial” como se presuponía-, terminaría por contar con la bendición, anuencia o en última instancia con la postrer indulgencia del propio Perón.